

CAPITULO CCXLIII.

Esfuerzos que hizo el príncipe Carlos de Inglaterra respecto á España y Francia.—Carlos de Lorena.—Verificase el regio enlace en San Sebastian.—Muerte de Mazarino.

Por el famoso tratado de paz de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior quedaron excluidos, según hemos dicho, el príncipe Carlos de Inglaterra, hijo del desgraciado Carlos I, y el monarca portugués.

El primero había estado en Fuenterrabía cuando se estaban tratando los asuntos de la paz, procurando interesar á las potencias en su favor.

Pero cada una de ellas, atenta, más que á otra cosa, á su utilidad particular, no hizo alto ni se fijó para nada en las demandas del joven Príncipe.

Refugiado en Flandes, había tenido ya ocasión de apreciar los esfuerzos y los deseos de sus partidarios de Inglaterra, para colocarle en el trono después del fallecimiento de Cromwell, pero en realidad su esperanza estaba cifrada en las conferencias de las márgenes del Bidasoa.

Creía, no sin fundamento, que todas las potencias se interesarían por ayudar á la restauración de un trono derribado por la revolución, pero no tuvo en cuenta que cada una de ellas se trataba sólo en aquel momento de utilizar cuanto pudiera respecto á las demás. Presentóse dispuesto á ofrecer cuanto se le exigiera, con tal de que le diesen ayuda, mas aún cuando D. Luis de Haro hubo de recibirle con extremada cortesía, considerándole como tal rey de Inglaterra, no pudo conseguir nada más.

Prometió al ministro español, con objeto de que se interesara con Mazarino, que él quedaría en Flandes mandando las tropas que dejara el de Condé al servicio del rey de España, pero ni aun por este medio pudo sacar del ministro de Felipe IV más que palabras vagas que á nada comprometían.

Mazarino mostróse todavía peor que D. Luis de Haro.

Fué difiriendo bajo frívolos pretextos el recibirle, hasta que finalmente se negó.

Puede comprenderse que todos estos desaires habían de concluir por irritar al joven Príncipe, que al cabo, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, volvióse á Flandes profundamente resentido contra Mazarino y no muy bien dispuesto respecto al ministro de España.

Una de las exigencias, quizás la primera, y en la que mayor empeño pusieron tanto Felipe IV como D. Luis de Haro, relativamente á Francia, fué que no diese auxilio alguno á Portugal, y de tal modo se mantuvieron inflexibles, que Mazarino hubo de pasar por ello, pudiendo únicamente obtener como suprema concesión que se diese una amnistía á los que, habiendo tomado parte en la guerra, volvieran á la obediencia del rey de España.

Precisamente esto se había hecho ya en Cataluña, y por lo tanto era precedente que hacia gran peso.

Sin embargo, si por el tratado escrito quedó Portugal completamente abandonado á sus propios recursos, no le sucedió lo mismo cuando llegó el momento de cumplirse.

Durante las conferencias, el príncipe Carlos de Lorena, que, como sabemos, estaba preso en Toledo, fué puesto en libertad en virtud del mismo tratado.

Alternativamente, como dice un historiador moderno, amigo ó enemigo de españoles y franceses, no podía permanecer inactivo desde el momento en que se vió libre.

Inmediatamente se dirigió á Irun, donde se encontraba á la sazón D. Luis de Haro, y allí sin rebozo alguno le dijo que él no había dado encargo á nadie para que le representase en aquellas conferencias, y que cuanto respecto á él se había hecho no tenía valor de ninguna especie.

Añadióle además que mientras ciñese una espada y se le dejase en condiciones de poderla manejar trataría de recuperar sus Estados, ó cuando menos sabría mantener su honra.

Puede comprenderse muy bien que, puesta la entrevista en este terreno, fácilmente había de traspasar los límites que la prudencia y la moderación prescriben.

Las palabras duras llegaron, y en muy poco estuvo que el de Haro diese orden de que volvieran á ponerle preso otra vez.

Viendo que ni sus amenazas ni sus quejas producían el efecto que se prometiera, protestó contra el tratado, tanto de palabra como por escrito, y sin cuidarse más de los españoles, viendo que le desatendían, decidió pasarse de nuevo al campo francés.

Para este efecto marchóse á San Juan de Luz, y el Cardenal le recibió con extremada benevolencia, concediéndole toda clase de atenciones y mostrándosele por todos estilos completamente favorable.

En Aviñon, donde se hallaba el Monarca entonces, recibiósele también de igual modo, pues desde San Juan de Luz marchó á París, y después á aquella ciudad, y mostróse dispuesto á sacrificar su existencia en servicio de Francia.

Es cierto que por entonces ni sus ofertas fueron admitidas ni á sus exigencias se contestó afirmativamente no quedándose en nada positivo, pero en 28 de febrero de 1661 alcanzó por medio de un tratado con Francia que se le devolviesen todos sus Estados.

Al año siguiente cedió estos mismos Estados para después de su muerte al rey Cristianísimo, comprendiéndose por esto el interés que Francia había tomado en aquel asunto (1).

(1) *Traité fait pour le duc Charles de Lorraine.*—Feb. 1661 y 1662.

Tal fué el fin de aquel aventurero Príncipe, como dice un historiador de nuestros días, «tan célebre por su valor como por su inconstancia, por su carácter popular como por sus desarregladas costumbres, y que tanto influyó como aliado y como enemigo tan pronto de unos como de otros en las guerras de Francia, de Alemania y de Flandes.»

Si como necesidad tenemos que reconocer en la paz de los Pirineos ventajas para una nación abatida y aniquilada, no podemos menos de confesar también la afrenta y la humillación que hubo para España en aquel tratado.

Todas las ventajas fueron para el francés, todo el desfavorecimiento quedó para nosotros y nuestros aliados.

Las ciudades más importantes nos vimos obligados á cederlas, dejándonos tan sólo aquellas que menos valían ó que para nada nos importaba conservar.

Con la pérdida del Rosellon sufrimos un quebranto que nada bastaba á compensar, pero como que ya habían pasado los tiempos en que imponíamos la ley, no teníamos otro remedio que conformarnos por triste y doloroso que nos fuera.

«Error fué, dice el historiador Lafuente, no del momento sino de la política del reinado de Felipe IV, ó mejor diremos, de la política de los dos funestos condes de Olivares, no haber aprovechado las muchas ocasiones que hubo para obtener una paz honrosa y útil, y no que aguardaran á que nuestra impotencia nos forzara á no poder resistir á las condiciones del que se había hecho más fuerte. Pero aun así, hay fundamentos para creer que otro negociador más sabio que el marqués de Carpio habría podido sacar á lo menos otra repartición menos absurda, y que la ineptitud de aquel ministro, contrastando con la sagacidad de Mazarino, contribuyó no poco á dejarse envolver en las redes que éste le iba manoseando tendiendo.»

Según los historiadores franceses, el ministro español fué un caballero franco, leal y atento, prodigando grandes elogios á su talento, discreción y tacto político, confesando el mismo monarca francés que tenía una confianza extraordinaria en el de Haro, y que estaba seguro de que no había de engañarle.

Verdaderamente que el favorito del rey de España portóse durante la negociación de un modo distinto que Mazarino, resplandeciendo en todos sus actos una nobleza y generosidad que no se encontraba en aquél.

«Estas virtudes del hombre, dice un escritor, pudieron ser muy provechosas á los franceses, y acaso por esto las encarecían tanto, pero á España le hubiera sido muy conveniente alguna más astucia y doblez en el negociador, si quiera no hubiese sido tan elogiada la ingenuidad del caballero (1).»

En mayo de 1660 verificáronse en San Sebastian los desposorios, y hecha la entrega de la Princesa á su marido, separáronse las dos cortes en el Bidasoa, el 7 de junio del mismo año.

El cardenal Mazarino, hábil negociador del tratado de paz, falleció al poco tiempo, en 9 de marzo de 1661, ántes de realizarse el matrimonio. Cincuenta y nueve años contaba de edad. Tan astuto como disimulado, tan fecundo en recursos como flexible hasta donde creía convenirle, inalterable en la adversidad, tanto como ambicioso y despótico, fué verdaderamente el digno sucesor de Richelieu.

Dícese que dejó á su fallecimiento sobre ochocientos millones, lo cual constituye una fortuna escandalosa, bien que acosado, según dicen, por los remordimientos, al fin de su vida hizo donación de aquel pingüe caudal al Rey, y como éste no lo aceptase, fué á poder de la famosa Hortensia Mancini, su sobrina.

Respecto á España, debemos confesar que Mazarino concluyó la obra de destrucción que había comenzado Richelieu, y uno y otro fueron igualmente terribles para nuestra desdichada nación.

Considerándolo bajo este punto de vista, debemos decir que fué desgracia nuestra el que su muerte no se hubiese anticipado algún tiempo, pues tal vez no hubiésemos salido tan mal librados en las anteriores paces.

Para terminar lo referente á este personaje y al asunto objeto de este capítulo, transcribiremos el curioso paralelo formado por un historiador francés respecto á los dos famosos ministros de Francia, que dice así:

«De este modo, y con máximas tan distintas, estos dos ministros han gobernado la monarquía: el uno por la severidad y el terror, el otro por la dulzura y la tolerancia; el uno dando á todos los hombres de mérito, el otro no dando sino á los que temía. Richelieu como francés tuvo más valor; Mazarino como italiano y criado en la corte de Roma tuvo más flema. Richelieu tenía más elevación, Mazarino más constancia. Richelieu era mejor amigo y más peligroso enemigo; Mazarino amigo frío é ingrato, pero enemigo fácil de reconquistar. En fin, Richelieu murió en la guerra útil al designio que tenía de arruinar la casa de Austria, y Mazarino en la paz su última y su más gloriosa obra.»

(1) Para poder apreciar todo esto debidamente puede verse la *Historia del tratado de 1659, la del reinado de Luis XIV*, por Limiers, la *Colección de tratados de paz* y otras obras que tratan de este asunto.



CÁRLOS II, REY DE INGLATERRA.

CAPITULO CCXLIV.

Cárlos II, rey de Inglaterra.—Portugal despues de la paz de los Pirineos.

No había transcurrido mucho tiempo desde la paz de los Pirineos, cuando una nueva revolucion vino á restablecer en Inglaterra la monarquía, colocando en el trono al hijo del desdichado Cárlos I, aquel mismo príncipe á quien hemos visto en el capítulo anterior demandando inútilmente ayuda y protección á los ministros de las naciones signatarias de aquel famoso tratado.

Menospreciáronle en aquellos momentos sin tener en cuenta los cambios que podían verificarse en lo porvenir, menosprecio del cual tal vez habían de arrepentirse despues.

Con la muerte de Cromwell, mano que había enfrenado hasta entónces aspiraciones é intereses que trataban á cada paso de estallar, mostróse abiertamente el disgusto de los republicanos, y el famoso escocés Jorge-Monck, por medio de uno de esos golpes de audacia, trasladando secretamente desde Bruselas á Inglaterra al joven Príncipe, proclamóle rey en 1660.

Jamas revolucion alguna se ha verificado con más rapidez y con ménos sangre que la de que vamos hablando, sin que tampoco despues de su ascension al trono penetrase Cárlos II en el terreno de las venganzas, al que generalmente han llegado siempre los que en su caso se han encontrado.

La corte española, que se había contentado con darle buenas palabras cuando, proscrito y falto de amparo, presentóse el desgraciado Príncipe en demanda de obras, apresuróse entónces á enviarle fastuosa embajada felicitándole por su ascension al trono.

Todavía hizo más Felipe IV, devolvióle los buques ingleses apresados en los mares de la India, realizando al mismo tiempo un tratado por el cual le reconocía la posesion de Dunquerque y de Jamaica.

Pero todos esos esfuerzos eran inútiles; el mal estaba hecho desde un principio y bien presto habíamos de sentir las consecuencias de nuestro ambiguo proceder en aquellas circunstancias.

Portugal abandonado, como ya hemos dicho, en el tratado de los Pirineos, supo proporcionarse, segun tendremos ocasion de ver, los auxilios de Inglaterra, auxilios que nos fueron verdaderamente terribles.

El trono portugues hallábase á la sazón en circunstancias á propósito para hacerle vacilar y hundirse por completo á haber existido en España un gobierno verdaderamente entendido y una direccion hábil y enérgica que hubiese sabido reunir los elementos necesarios para aprovechar en el momento oportuno las circunstancias.

Príncipe niño, débil de cuerpo, de espíritu indócil con inclinaciones un tanto indignas de su estado, no era el nuevo rey de Portugal á propósito para seguir manteniendo á su país en el independiente terreno en que le colocara su padre.

Aun cuando la reina madre, D.^a Luisa de Guzman, dotada, como ya hemos dicho, de tanta firmeza como talento, y de tanta resolucion como habilidad, era la que verdaderamente regia á la nacion, quizá hubieran sido infructuosos todos sus esfuerzos, y hubiéranse esterilizado todas sus buenas cualidades á obrar España como parecía lógico que obrase.

Efectivamente, las guerras, que por tanto tiempo la habían estado consumiendo y aniquilando, habíanse terminado con la paz anterior.

Con las potencias estaba reconciliada, sino en absoluto, lo bastante para permanecer en reposo, y todo parecía presagiar una terminacion pronta y decisiva en los asuntos de Portugal.

Las grandes fuerzas con que todavía contaba el reino, habiendo caído reunidas sobre Portugal, hubieran cambiado la situacion de este reino.

Mas la falta de destreza en los ministros españoles por una parte, y los intereses de Francia, poco dispuesta á cumplir el tratado que ántes firmara, dieron realmente á Portugal la fuerza que estuvo á punto de perder en aquellos momentos.

Un historiador de nuestros dias, ocupándose de este asunto, dice así:

«La misma Guzman, con ser mujer de ánimo tan firme y levantado, tuvo momentos de sentir desfallecer su espíritu; pero despertando de nuevo su altivez, y recobrando su antigua firmeza, se resolvió á fiar á la suerte de las armas la independencia ó la esclavitud del reino lusitano. Confiaba, es verdad, en que no le abandonarían la Francia y la Inglaterra, á pesar de la exclusion del tratado, y no se engañó en sus esperanzas la Regente. Entraba en los intereses y en la política de Luis XIV no consentir que Portugal se reincorporara otra vez á España, y el embajador portugues en Paris, conde de Sousa, obtuvo fácilmente del monarca frances que le diera un socorro de hombres, y no tan importante por su número como por su calidad, puesto que se contaba entre ellos el mariscal de Schomberg, tan famoso y experimentado en la guerra, que había de venir de maestro general del ejército, acompañado de ochenta oficiales de los más veteranos y útiles para instruir á otros. En vano el embajador español reclamó ante la corte de Luis XIV de semejante infraccion del tratado. No se dió oídos á sus protestas, y esta fué la primera muestra que ofreció la Francia de cómo cumplía el solemne pacto de los Pirineos.»

Todavía hizo más el monarca frances: como que todo cuanto pudiera ser en perjuicio de España convenía á sus intereses, sugirió á la corte de Lisboa un proyecto de matrimonio entre la infanta D.^a Catalina, hermana de Alfonso VI, rey de Portugal, con

el nuevo rey de Inglaterra, y el embajador de Lisboa, D. Francisco de Melo, hizo la proposicion de la mano de la Princesa, con una dote de 500,000 libras esterlinas, la cesion de la plaza de Tánger en la costa de Africa, la de Bombay en las Indias Orientales y el libre comercio entre ambas naciones.

El embajador español, al tener noticia de esto, trató de poner toda clase de obstáculos para la realizacion de un enlace tan contrario á los intereses de España.

Primeramente procuró hacer presente al Monarca lo inconveniente de aquel enlace, porque no había esperanza de que la Infanta pudiese tener sucesion.

Despues propuso al monarca ingles la mano de una de las princesas de Parma, á la que Felipe IV daría una dote considerable; despues le propuso la hija del rey de Dinamarca, la del elector de Sajonia ó la del príncipe de Orange, pero como entre esa proposicion y la portuguesa, la de este país era mucho más favorable á los intereses de Inglaterra, las dos cámaras diéronle su aprobacion, y en mayo de 1661 firmóse el convenio.

Es verdad que para esta decision de Cárlos II debieron entrar por mucho las noticias que le dió el conde de Bristol, á quien secretamente había enviado á Parma para que viese qué tal eran las princesas.

Segun el enviado, de las dos, una era fea extraordinariamente, y la otra obesa hasta la exageracion, y fácilmente se comprende que no podían ser semejantes informes los más á propósito para inflamar el corazon de un joven.

En su consecuencia, y para evitarse nuevos compromisos, el monarca ingles apresuróse á firmar el convenio por el cual se enlazaban las casas reinantes de ambos Estados.

Las consecuencias de éste debieron tocarse bien pronto.

El embajador portugues Melo quedó autorizado para reclutar en Inglaterra hasta diez mil infantes y dos mil quinientos caballos, hacer las compras de armas que tuviese por conveniente y fletar una armada auxiliar.

Puede comprenderse perfectamente la gravedad que esto encerraba para España.

Parecía que la mala suerte se empeñaba en perseguirnos, sin que cuantos esfuerzos hacíamos para librarnos de ella dieran el resultado apetecido.

Pero nuestra mala suerte consistía en la nulidad de las personas que desde el reinado anterior se habían encontrado al frente del Gobierno.

Más ambiciosos que impulsados por un noble deseo, más presuntuosos que verdaderamente entendidos, elevados á los primeros puestos de la nacion únicamente por el capricho de los monarcas y no por sus propios méritos, lógico era que sus gobiernos, en vez de ocuparse en remediar los profundos males que afligían al país, por el contrario, le produjeran otros nuevos.

¿Qué había hecho el duque de Lerma? ¿Qué hicieron el conde-duque de Olivares y D. Luis de Haro? Crear con su falta de discrecion y de prudencia nuevos conflictos sin tratar de poner remedio á los antiguos.

Y precisamente los reinados de Felipe III y de su hijo tenían que ser sumamente difíciles, porque durante ellos habían de tocarse todas las consecuencias de los de Cárlos I y de Felipe II, y para salvar las dificultades que aquéllos habían de producir necesitábase una discrecion y un tacto, una prudencia y unos conocimientos de los cuales carecían las personas encargadas de regir la nacion en nombre de los dos monarcas.

La alianza de Portugal con Inglaterra era un peligro verdaderamente importante para España, peligro que podía haber evitado con tiempo D. Luis de Haro, tratando y gestionando en favor de Cárlos II cuando le pedía amparo y proteccion.

Pero le disgustó entónces y cuanto vino despues no fué más que la consecuencia de aquella antipolítica conducta (1).

Las tropas reclutadas en Inglaterra, áun cuando al principio estuvieron al mando de un general ingles, pusieron bien pronto á las órdenes del mariscal de Schomberg, el cual de este modo reunió bajo su mando los soldados de Francia, Inglaterra y Portugal.

Hasta la misma Holanda fué buscada para formar alianza, y el embajador conde de Miranda ocupóse en negociar un tratado de amistad.

Al mismo tiempo los piratas, bajo la denominacion de filibusteros, reunion de la gente audaz y aventurera de todas las naciones, especialmente de Francia, Inglaterra y Holanda, establecieron en nuestras Antillas, y las posesiones españolas de América eran objeto de terribles y devastadoras incursiones.

En virtud del matrimonio del monarca ingles con la infanta portuguesa, diósele la posesion de Tánger como parte constitutiva de su dote, y esto no pudo ménos de producir gran escándalo en España y algun disgusto en Portugal, puesto que aquella plaza jamas había conocido más que el Catolicismo, y precisamente iba á parar á poder de protestantes.

(1) Véase las Memorias de Clarendon, las Obras de Luis XIV, la Historia de Inglaterra, de Jhon Lingard; Laclède, Historia general de Portugal, y otros.



J. SERRA, LIT.

L.F. VIDA, DUMO, ST.

CRUELDADES COMETIDAS POR D. JUAN DE AUSTRIA EN BORBA.